

LECCION DE UN PADRE.

ANECDOTA MORAL.

—Padre mio, ¿por qué no salimos un rato de paseo? La tarde es tan hermosa; corre un ambiente tan puro, que no podrá menos de ser beneficioso á vuestra quebrantada salud.

—Sí, sí, papá; venid: iremos al campo, vereis las verdes praderas, aspirareis el grato perfume de las flores, y esto os reanimará. ¿Puede haber mayor delicia que un paseo por el campo en una agradable tarde de primavera? Allí oireis el dulce trino de los alegres y pintados pajarillos que saltando de rama en rama parece que con sus juegos convidan al placer. Allí el arroyuelo que serpentea por la floresta, hace mas risueño el paisaje que á la vista se nos presenta, y la pompa con que la naturaleza se engalana os distraerá de vuestras tristes meditaciones.

—Vamos, animaos, y todos os acompañaremos.

—Sí, papá, vamos.

—Bueno, hijos míos, bueno. Voy á daros gusto y á disfrutar con vosotros un rato de la variada y bella perspectiva que Adolfo ha bosquejado con tan vivos colores. Tú, Enrique, ve y trae me mi sombrero y mi baston. Tú, Carlos, dame ese levita.

Y despojándose el buen anciano de la bata en que se hallaba envuelto, púsose el levita que Carlos presurosamente le trajo, y tomando el sombrero y baston de manos de Enrique,

Vamos, hijos míos, dijo con acento dulce y cariñoso. Vamos á participar de los gratos placeres con que nos brinda esta hermosa tarde.

Antes de adelantar mas en nuestra narracion, nos parece justo poner á nuestros lectores en relacion con los personajes de que nos ocupamos.

D. Anselmo, que así se llama el padre que tan afectuoso y complaciente acaba de mostrarse con sus hijos, frisaba ya en los sesenta y cinco años. Era un rico propietario que despues de haber empuñado las armas y derramado su sangre defendiendo á la patria en la guerra de la independencia, habia vuelto á sus lugares lleno de honrosas cicatrices y con la conciencia tranquila. Desde entonces solamente se ocupó en los cuidados de su familia y en acrecentar su fortuna para poder legar á sus hijos despues de su muerte una posicion ventajosa é independiente. Viudo hacia ya algunos años de una esposa que habia endulzado los dias de su ecsistencia y á quien amara con toda la efusion de un alma noble y generosa, vivia en amarga soledad entregado á sus tristes pensamientos y ansiando el instante que debia unirle á la que no podia olvidar. Unicamente le distraian las horas que al lado de sus tres hijos pasaba, dándoles saludables consejos para que supieran manejarse en los tratos de la sociedad, y adornando sus lecciones con los ejemplos que habia extractado del gran libro del tiempo y de la esperiencia.

Carlos era el mayor de los hermanos y contaba entonces veinte y nueve años. Adolfo habia cumplido veinte y seis, y Enrique solo tenia veinte y dos. Eran ya tres hombres por su edad y reflexion, y nunca se habian separado de su padre sino el tiempo preciso que emplearan en las distintas carreras á que los habia dedicado. Obedientes y sumisos á los consejos del buen anciano, procuraron siempre ser acreedores á su cariño; y si alguna vez tuvo que reprenderles, fué solo por la docilidad con que en ciertas ocasiones se doblegaron á las imprudentes ecsigencias de los que se les vendian por verdaderos amigos.

Hechas estas aclaraciones, continuamos.

Llegaron, por fin, al campo. Atravesaron un bosquecillo de abesos, y guiados por el murmurio de las aguas, fueron á colocarse en derredor de una fuentequilla, cuya corriente se estendia por la verde alfombra, fertilizando las numerosas plantas por donde pasaba.

—Habla tú, Carlos dijo en voz baja Enrique, mientras el padre contemplaba en honda meditacion el pintoresco paraje que le rodeaba.

—Sí; dilo tú, añadió Adolfo. A tí te pertenece, porque eres el mayor.

—¡El mayor! concedo; dijo sonriendo! Carlos; pero eso nada tiene que ver. Mira, Adolfo, á tí, parece que te mira padre con mas cariño; tú tienes mas elocuencia y podrás persuadirle. Además, que cuando nuestros amigos Ricardo y Luis, nos aconsejaron dar este paso por lo mucho que nos convenia, bien sabes que fuiste tú el que se comprometió á ponerlo en planta. Con que ya ves que te toca desempeñar esta comision.

Allí agita blanda brisa el secreto bosque umbrío, y en amante desvarío canta el triste ruiseñor. Tal vez se oyó la sonrisa, acaso estalló algun beso, que en delirante embeleso se escapara á un amator

Quizá la trova resuena de algun vagaroso canto, y tal vez amargo llanto entristeció su laúd: acaso á lo lejos suena triste, funeral murmurio, tremendo, lúgubre augurio el ¡Adios! al atáud.....

Yo vi velada la luna con un crespon trasparente, cuál se envuelve dulcemente en misterioso capuz; luego la gasa importuna romper, cual bello querube, y hendiendo la vaga nube destellar lánguida luz.

La mora ciudad alumbra en la noche silenciosa, hora espléndida y hermosa, rutilante ya y vivaz. Y tal vez tambien relumbra con melancólico vuelo, cruzando rápida el cielo ráfaga errante y fúgaz.

¡Espectáculo grandioso!
¡fecunda en inspiraciones!
no de vagas ilusiones
de mentido resplandor.
¡Generalife suntuoso!
¡Arabe Alhambra brillante!
te ví Granada arrogante
con pasmo y santo temor!

La luna inmenso fanal allá al cielo suspendida, aquí la ciudad dormida entre el ameno pensil. El alcázar oriental sobre mí sus torres riza, y á mis plantas se desliza el Dauro con el Jenil.

El cercano cementerio recuerda el fin de las glorias, sellando tantas historias con su silencio letal. Las gradas del monasterio me brindan rústico asiento, en torno vagando el viento del inmenso pedestal.....

¡Ay Granada! ciudad bella de mis dorados ensueños! tuyos son mis blandos sueños tambien tuyo el corazon. Lució en Granada mi estrella entre sus fuentes y flores; allí ardientes los amores brotaron en mi ilusion!!!!.....

(Continuará.)

Mariano Estéban de Góngora.